

LEONARDO POLO (1926-2013)

A su fallecimiento Leonardo Polo nos ha dejado una copiosa y rica producción filosófica para estudiar y desentrañar: todo un desafío. Es algo que ya se viene haciendo desde hace algunos años con la publicación de una parte considerable de sus inéditos, la aparición de estudios centrados en su pensamiento o la dirección de no pocas Tesis doctorales. Por mi parte, he podido comprobarlo de cerca al participar anualmente en las Jornadas castellanas, al preparar algunas colaboraciones para la Revista *Studia Poliana* o al ser invitado por el Instituto de Estudios Filosóficos Leonardo Polo, con sede en Málaga, a dar una conferencia el pasado año sobre “Expresiones del principio de identidad”. Frente a lo que quizá puede parecer, no es un autor aislado filosóficamente dentro de su generación, sino que se adscribe a una dirección filosófica del siglo XX convergente en la centralidad de la persona, de la que son exponentes entre otros Zubiri, Marías, Wojtyla o Jaspers, es cierto que cada uno desde una concepción peculiar. Tampoco sus desarrollos carecen de conexiones con la tradición, sino que están entroncados en el descubrimiento del acto de ser por Tomás de Aquino, igualmente puesto en el centro por renombrados tomistas del siglo pasado, como Maréchal, Fabro o Gilson. Sin embargo, sí es inédito el modo como Polo continúa el hallazgo tomista. ¿En qué consiste?

Sin duda la maduración de su pensamiento es muy temprana. Según confesión propia, en el año 50 encuentra lo que había de ser su método de investigación: “la de-tectación del límite mental (literalmente quitarle el

techo) en condiciones tales que quepa abandonarlo”. Ello significa que no cabe atribuir a la realidad características que provienen objetualmente de la presencia mental y que le pasan desapercibidas a esta, dado el ocultamiento de la presencia en el pensar objetivo. Pero justo al abandonar el límite, la temática que se abre no es algo único, ya que la unicidad es debida a la extrapolación de la presencia, sino que encuentra una pluralidad de dimensiones. Se puede ir, en efecto, más allá del límite por el lado del objeto o por el lado de la operación cognoscitiva, pero no presentando otro objeto u otra operación, sino según el modo del conocimiento habitual. Así, el hábito de los primeros principios repara en el ser sin fijarlo en términos objetivos; a su vez, se llega a la esencia extramental cuando se resta el límite de los contenidos que realmente se ofrecen; el hábito de sabiduría, por su parte, consiste en obviar la presencia mental para alcanzar el quién de la persona, y cabe, en cuarto lugar, demorarse crecientemente en el límite mediante el hábito de la sindéresis para evitar la repetición de la presencia, explayando así la esencia humana como un yo-veo y un yo-quiero.

Uno de los resultados es la delimitación entre Metafísica (primera y segunda dimensiones del abandono del límite) y la Antropología trascendental (tercera y cuarta dimensiones): la persona no es un tipo de ente entre otros, sino un co-ser o ser segundo, abierto a sí mismo, al Universo, a las otras personas y a Dios. El modo de acceder a Dios desde la Antropología trascendental se acerca más a su realidad como persona –una y trina– que cuando lo barruntamos como Principio primero fundante del ser creado. Otro de los corolarios es el descubrimiento de las dualidades constitutivas del hombre, articuladas en distintos niveles jerárquicos.

La fecundidad del planteamiento dualizante anterior se advierte pronto: 1º) frente a los dualismos y monismos, la constitución del hombre queda dualizada con la libertad de la persona: es una libertad que no se

queda en los actos voluntarios, sino que irradia en las manos, en el rostro, en la apertura frontal al mundo como horizonte...; 2º) en el plano ético la dicotomía entre libertad y deseo, que desde Kant ha lastrado los planteamientos deontológicos modernos, se supera cuando no se contempla el deber limitando desde fuera el deseo natural de la voluntad, sino en dualidad con él, como deseo a favor de lo debido (y, por tanto, reconociendo en ello el atractivo del bien); 3º) la dualidad entre ver-yo y querer-yo, como desglose esencial de la persona, evita el escollo de tener que optar por la primacía del entendimiento sobre la voluntad o por lo inverso, al exponer el funcionamiento de la libertad; 4º) desde las dualidades la productividad técnica no se subordina instrumentalmente a la praxis (lo cual resulta difícil de aceptar a la altura de la civilización actual y escamotea la virtud de la laboriosidad, por ejemplo), sino que el dinamismo de la acción se refleja en que es productiva haciéndose ella como acción.

Pero no es el objetivo de esta nota post mortem tratar de resumirlo en su conjunto (lo cual se ha intentado ya y creo que con bastante fortuna), sino que solo he pretendido enmarcar la filosofía de Polo en la altura filosófica de nuestro tiempo, mostrando algunos de los destellos que despide. Su dedicación ininterrumpida a la docencia, desempeñada en Granada y Pamplona, y en los veranos en México, Colombia, Perú y Chile, y a la investigación rigurosa arrojan un importante saldo filosófico que no es fácil calibrar.